

A nosotros, desde que nacimos, se nos viene exigiendo. Un señor se acerca a nosotros:

—Bien—nos dice—, muy bien. Sigán por ese camino... Ahí le duele: justicia, veracidad, claridad... Pero... más, ¿comprenden? Más. Aún se dice poco; hay que ilustrar más a la opinión... Yo podía contarles a ustedes... ¡horrores! ¡Horrores...!

Pero tiene el señor la cuquería de no contarnos tales cosas terroríficas. Se calla, por el contrario, limitándose, al marchar, a pedirnos *más*.

Mas... Sí, bueno; pero *más* cuando debamos, cuando podamos. Nosotros no hacemos, no queremos hacer afirmaciones gratuitas. Nosotros, al hablar de un asunto, hemos de tener la evidencia de que existió. Y hemos de tener, además, comprobantes. Si no, nos callamos.

Hay, efectivamente—y diciendo ésto salimos al paso de alguna protesta que surgir pudiese—verdaderos axiomas que están en la conciencia del pueblo. Pero nosotros preguntamos: ¿este pueblo, poseedor del convencimiento de que se le ha querido engañar—véase la cuestión superávit, la afirmación de que sólo costaría el mercado cuarenta mil duros, entre otras muchas—este pueblo, insistimos, ¿por qué ahora que puede no se alza como un solo hombre contra quienes debe alzarse?

Posiblemente, el sector político de tanto desafuero cometido, tendrá esta respuesta: «Porque el pueblo comprende que no llevaría razón intentando nada contra nosotros puesto que le administramos muy bien».

Y no. No es eso. Es que todavía somos muy árabes. Es que aun nos gusta tumbarnos en un diván—el cigarro entre los labios, la taza de café al alcance de la mano—y ordenar: «¡A ver, matad esa pulga que me está picando!». Y no, no es eso. No puede ni debe ser eso. En tiempo de guerra hay que calzarse las botas claveteadas, ponerse el traje de campaña y coger el fusil para volar al frente. El tiempo en que, fumando un cigarro, se ordenaban cosas cuya ejecución sólo a nosotros nos corresponde, ha pasado. Para matar hay, por lo menos, que intentarlo.

Nosotros seguiremos nuestro camino, nosotros vamos a la guerra. Pero por patriotismo, por sólo nosotros y por quienes a la guerra no pueden ir. Los demás que vayan también, pues es muy justo. Los demás que se calcen las botas claveteadas y cojan el fusil. Que no se limiten a aplaudir. Que obren. Que aporten su grano de arena—formidables montañas alguna vez—a la obra de reparación y de justicia que ADELANTE emprendió.

¡EH! ¡PARA!

Es casi seguro que los lectores de ADELANTE ignoran que yo juego al tresillo. Y lo peor del caso, es que a ellos seguramente les tiene sin cuidado. Pero a mí, no; y como soy libre para decir lo que me parezca y además me conviene proclamarlo, pues lo vocifero muy alto: Yo soy un jugador de tresillo.

Mi partida es mixta, puesto que en ella contendemos jóvenes neófitos y hombres expertos. Uno de ellos, que junta con su experiencia y sensatez, en tacto de hombre de mundo y su leal amistad, suele dirigirnos algunas jugadas a los neófitos, y cuando vé que nuestra fogosidad y nuestro desconocimiento de la materia nos llevan a un seguro codillo, suele impedir que realicemos la jugada fatal, gritándonos: «¡Eh! ¡Para!» Le atendemos, meditamos, nos rendimos o rectificamos la errónea manera en que íbamos a distribuir nuestras cartas y en el fondo le agradecemos la advertencia generosa que nos salvó de una pérdida segura.

Por eso, en ocasiones empleo esas exclamaciones para advertir a los demás del peligro, y de ahí el título que encabeza estas líneas.

España atraviesa en estos momentos por una crítica situación plétórica de peligros. Su sangre, juvenilmente remozada al pasar por el tamiz de los desengaños y las catástrofes, bulle ardorosa, deseando expansionarse y vivir. Como al neófito jugador de tresillo, todas las cartas y todas las jugadas les parecen buenas a los buenos españoles para lograr su fin. Pero como el jugador de tresillo se expone al codillo y a la bancarrota. Por eso, yo, como mi amigo sensato, con experiencia de vida, aunque no de años, con leal y entrañable cariño más que afecto, me apresuro a gritar a los españoles, a la nación entera: «¡Eh! ¡Para!»

Medita un momento, noble pueblo español. Contempla con horror todo el proceso bochornoso de la Dictadura pasada, el cuadro tremendo de las privaciones de derechos, del forcejeo por acometer al intelecto, de la ilegalidad permanente, del abuso del poder, de los impuestos excesivos, de la situación precaria de la Hacienda Pública, de la depreciación de la peseta, de las francachelas de Fomento, de las pésimas resoluciones de Instrucción, del silencio y la impotencia de España entera...

Pero vuelve la vida atrás. Contempla el panorama de la nación anterior a 1923. Vé en su entraña el caciquismo imperante, la ineficacia de las Cortes, la irresponsabilidad de civiles y militares, el reguero interminable de sangre y vidas en los campos yermos de Africa, la inseguridad de la vida ante el ataque del pistolero, los desórdenes administrativos, las implantaciones escondidas de Poderes, las burlas a toda justa reclamación, la impureza del sufragio, la coacción sistemática de elementos extraños al Gobierno, la desacertada política internacional...

Y piensa, piensa despacio. Mira que los hombres de la dictadura no son nada para salvarte, pero tampoco lo son los anteriores. No te dejes por sus palabras rimbombantes y huecas, por sus actos teatrales, por sus tardíos arrepentimientos. Busca hombres nuevos, que los tienes, y únete a ellos. Piensa que esos son los triunfos que han de hacerte llevar la jugada y que los otros nuevos y viejos, engañan tu ilusión y te exponen a la bancarrota y al desastre.

Yo, mirón experimentado del juego que desarrollas, te lo advierto, nación querida. Mide tus fuerzas, vé las jugadas, repasa los triunfos y no te expongas al codillo. ¡Eh! ¡Para!

Francisco F. de Simón

ADELANTE
SEMANARIO INDEPENDIENTE
Precios de suscripción
Valdepeñas, trimestre. 1'50 ptas.
Provincias id. 2'00 »
Redacción y Administración
Buensuceso, 28

CHARLAS A LA LUNA

«Y trae cola»...

La Excelentísima Corporación Municipal felicitó, ha tiempo, a su secretario, por el hallazgo de un documento que proclamaba «urbi et orbi» la propiedad de la iglesia del Convento.

Cuando se apaga el último eco de los aplausos, D. Eusebio Vasco sale a escena, se adelanta a las candelillas, y clava un arpón en el auditorio con dos frases de sobriedad espartana:

«Tal documento, no existe.

Y trae cola»

Un instante nos esclaviza el estupor; somos víctimas de un momentáneo vacío mental. La reacción acude, y la interrumpida función del pensamiento se restablece con asombrosa sencillez: ¿no existe?... ergo la Excelentísima Corporación ha metido la pierna, y el Secretario tendrá que reunir a los antiguos ediles y aplaudirles calurosamente, restituyendo así una ovación inmerecidamente recibida.

Pero la cosa no puede ser de tal simplicidad. A un lado, tenemos a don Luis Caminero, perito en leyes, técnico de la Casa, conocedor de sus rincones más íntimos; sabe lo que dice... aunque no dice todo lo que sabe... Por otra parte, don Eusebio Vasco: investigador impenitente, acaparador de documentos, erudito, cronista de la Ciudad... ¿Cómo es posible que entre ambos personajes medie una discrepancia de tal monta? ¿Cómo puede saltar gaza-po tamaño de las madrigueras del archivo?

¿Existe, o no existe? El problema no es grano de anís: es la eterna cuestión de *ser o no ser: to be or not to be*, que dijo Shakespeare.

En la duda, nos inclinamos de parte del señor Vasco; no por nada, sino por lo de la *cola*: una grata remembranza infantil nos hace creer que don Eusebio va a echar al aire una cometa, un *águila*, que se elevará gallarda en el espacio, ondeando al viento su cola historiada, blanco de nuestra antigua admiración.

Eal don Eusebio: una carrerilla, y vaya usted soltando bramante, que ya estamos mirando al cielo, para ver hasta donde sube el *águila*.

Si defrauda nuestra curiosidad, y resulta que el documento está vivo y *coleando*, nuestra venganza será cruel, señor Vasco. Sinceramente le querremos y admiraremos; pero como toda venganza es ciega e injusta, estamos dispuestos a pregonar a los cuatro vientos:

Que Valdepeñas no ha sido cuna de la Descalcez Trinitaria, y que, si aquí se descalzó algún fraile, no es para echar las campanas a vuelo.

Que sus treinta mil cantares, si llegan a tres mil será rabiando.

Responsabilidades

Botones de muestra

«Valencia 27.—El pleno municipal ha decidido dejar sin efecto el acuerdo del anterior Ayuntamiento destinando 11.000 duros para el homenaje al general Primo de Rivera, cantidad que deberán abonar los ediles que adoptaron aquél.»

«Vitoria 28, 10 mañana.—En el Ayuntamiento ha celebrado la Comisión permanente sesión ordinaria. Se acordó, por unanimidad, obligar a los concejales del anterior Municipio que satisfagan particularmente una factura de 1.600 pesetas impagada, por meriendas y refrescos servidos en las visitas oficiales que se hicieron a los Manantiales de Gorbea.»

¿Cuándo va a empezar el Excmo. Ayuntamiento a depurarlas aquí?

¿Es que todo lo malo que habían hecho los de la Dictadura, es bueno ya? ¿O nos venderemos, al fin, por el consabido plato de lentejas, en este caso, transformado en 40 ó 50 votos?

¿Qué esperan? ¿Es que no saben por donde empezar? ¿O es que no quieren saberlo?

El Ayuntamiento en pleno tiene la palabra.

Telegrama de madrugada

«Reprise,, de la Cachocha

La histórica y remozada calle del Seis de Junio, cuenta con una atracción de forasteros y de indígenas.

Un nuevo casino ha abierto sus puertas a la céntrica rua tratándose de *epatar*, con el lujo de su instalación, a los turistas que por ella cruzan.

Se trata de un círculo más; círculo político, claro; mejor dicho, político, pues son los *apolíticos* de la U. P. los que lo integran. Los *apolíticos* de seis años, cuatro meses y trece días que, al ver como se aleja la miel del mando, dan en la flor, por ellos vilipendiada, de la política. Todo ello después de ser rechazados por los «caciques» de que tanto abominaron en los tiempos de las vacas gordas, y a los que, en instantes de angustia y desaliento, se ofrecieron.

En memoria de aquel célebre casinillo, que en la opuesta acera abrió sus puertas, éste de ahora se llamará también de la Cachocha. Y será el segundo de la dinastía. Y se intitulará, por tanto: Cachocha II.

¡Gracias a Dios que, al fin, han encontrado los fieles de la U. P. lugar en que guarecerse y en donde continuar aquellos «pourparler» que tuvieron por escenario el despacho del alcalde, y que la caída inesperada de la Dictadura interrumpió!

Ya no hemos de verlos por las esquinas en pequeñas bandadas, mirando recelosos en torno, como pájaros asustadizos y sin nido.

Ya tienen su círculo.

¡Y qué círculo! La porra y el cántaro por todo ajuar y mobiliario. Claro que, para lo que ha de durar... Más tarde o más temprano, cuando se convenzan de que están ellos solos y tras ellos nadie, acabará por cumplirse el refrán que dice: «Cada mochuelo a su olivo».

Que, en este caso, será el partido político de origen.

¡Si los admiten!

Constante

Y lo que más va a escocerle:

Que aquella piedra tan gorda que un día nos enseñó con orgullo, recogida de las *Aberturas*, y atribuyéndole una ancianidad de cuatro mil años, ni tiene tantos años, a menos que lo demuestre con la partida de nacimiento, ni sirvió a nuestros prehistóricos abuelos para moler el trigo—según nos aseguró—, sino que se trata simplemente de la losa que utilizaba para lavar, la casera de una quinta próxima a la *Berzosa*.

Para evitarnos estos disgustos, ya lo sabe usted don Eusebio: una carrerilla, y vaya soltando bramante al *águila*...

Lunático

De las patatas podemos adelantar, que el asunto no era oficial, era particular, pero que sin embargo se requisaban (las patatas) en nombre del Ayuntamiento.

Este número se ha sometido a la censura.

La columnata del ocaso

La sucesión de columnas jónicas se pierde en el infinito. Es el transcurso de la vida que va, de columna en columna, hasta sumergirse en el lecho sombreado del *véspero*. El sol, allá, no tiene vigor ni luz. Ya caldeó su irradiación de cáncula un número bien nutrido de columnas; y fué tan elevada la potencia térmica de las brasas solares, que logró corroer y fundir y volatilizar las piedras lapídeas del grupo. Hubo un momento en que la columnata amenazó derrumbamiento y caída, en impotente humillación de mineral, en amorfa mole de terrosos escombros. Mas, entonces, hiló la humanidad densas nubes con su rúca cobarde de crepúsculos. Y forjó el eterno *véspero*, el ocaso protector de la columnata jónica, que perdía sus elementos en la niebla gris de la noche infinita.

¡Pobre ocaso de la humanidad! Ocaso de los bloques anímicos y de las almas en bloque; ocaso de las pasiones y de las ideas; ocaso de las inteligencias, ocaso de las vidas, ocaso de las eúfrias y de los espíritus...

Avanza la horda humana, confusa y macilenta, y los hombres se abrazan, uno por uno, a todas las co-